

SERIE 7.^a

NÚM. 51

ANALES

DE LA

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR.

PERIODICO OFICIAL DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO, DESTINADO AL FOMENTO DE LA INSTRUCCION PUBLICA Y AL CULTIVO DE LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS EN EL ECUADOR.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO INTEGRAL
CONTENIDO.

Olmedo, por el Sr. Dr. D. Elías Laso.—*Botánica*, por el R. P. Luis Sodiro, S. J.—*Apuntes para las Lecciones Orales de Legislación*, por el Sr. Dr. D. Elías Laso.—*Estatuto de la Real Universidad de Santo Tomás de la ciudad de Quito*, editado por el Sr. Dr. D. Carlos R. Tobar.—*Boletín Universitario*.

QUITO.

Imprenta de la Universidad Central del Ecuador.

1892.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO.

SERIE VII. }

Quito, octubre de 1892.

{ NUMERO 51.

OLMEDO.

El gusto, ese sentido estético tan propio de la especie humana, existe en el hombre como una parte de su ser, como el ojo del alma que á las veces percibe lo bello, lo siente, lo expresa y lo trasmite; existe, repito, en los hombres porque en todos ellos existen sus partes componentes; es el paladar del espíritu que saborea aquellos exquisitos manjares que los poetas griegos pusieron en la mesa de los dioses.

Pero esta idea innata, esta facultad altísima y nobilísima del hombre, esta cualidad que le distingue de los brutos y le coloca cerca de Dios constituyéndolo poco inferior al angel, es susceptible de perfeccionamiento, de afinación, como todo lo humano. Es un obsequio digno del Creador; pero condicional, pues así son los dones de la Providencia porque sin el trabajo, el estudio y la constante labor del hombre decrece, degenera y hasta se pierde para no reaparecer jamás.

La nobleza propia de la semilla y el afanoso cultivo son condiciones indispensables y tan íntimamente ligadas entre sí, que faltando una de ellas el fruto es siempre raquíptico y miserable, como las pálidas flores de un invernáculo.

El hombre recibe de lo alto el gusto estético, la percepción de lo bello y lo sublime y á las veces el genio; pero el estudio, la contemplación y el trabajo perfeccionan estas nobilísimas cualidades y producen las obras maestras literarias y científicas.

Ni el arte sin el ingenio, ni el ingenio sin el arte, dijo Horacio: esta verdad no han podido desmentirla los talentos más audaces ni los caracteres más indómitos. Por esto admiramos la delicadeza en Quintana y la corrección en Lista; el genio en Calderón y el arte en Moratín; la

dulzura en Valdez y la fecundidad en Zorrilla. Cada cual con su ingenio; pero en todos el arte, el estudio, el trabajo.

La percepción de lo bello, la intuición de lo sublime, el verdadero gusto, se adquiere muchas veces gota á gota y penetran en el alma por un esfuerzo constante de la voluntad. Nuestro inimitable Montalvo, tan digno de censura por el extravío de sus ideas religiosas; pero tan recomendable por la originalidad de estilo, por la pureza de dicción, por la maestría en el manejo de la lengua, por el encanto de la frase, por la variedad de formas dadas al pensamiento, por la riqueza inagotable de imaginación y por ese gusto ático y al mismo tiempo romántico de sus escritos, nos manifestó que el gusto oculto y como amortiguado en el fondo del alma sale, despiértase y rebosa en nosotros por medio del estudio y del trabajo: "El ahinco de comprender y sentir las obras maestras que enriquecen el Vaticano, dice, y el continuo y largo ejercicio de mirarlas pueden infundir á pausas la virtud de comprenderlas y sentirlas, así como la tierra inculta y estéril viene á dar en productiva, á fuerza de abono y laborío. De mí sé decir que admiré al principio las pinturas de Rafael en el Vaticano, porque tenía entendido que debía admirarlas. Pero sintiendo en mí un cierto rubor de no ser capaz de ese deleite que lo grande y bello proporciona al alma, aminorábame á mis propios ojos y me veía humilde y pequeñuelo. No comprender el Paraíso Perdido, no estimar el templo de San Pedro, no tener oídos formados para el Don Juan de Mozart ó para el Misere-re de Rossini, no es posible; he de entender; he de sentir la Transfiguración de Rafael. Y fuí y volví y torné; y tuve fuerte querer, y si en hecho de verdad no dí con el hito de la perfección, salí de Roma convencido de que me había deleitado con la transfiguración, con la Comunión de San Jerónimo del Dominiquino y con el Descendimiento de Daniel de Volterra, las tres obras maestras de la pintura moderna. Bien pudo no ser así, más, para mi consuelo ó para mi vanidad, esto me basta".

¿Pero cuál será la fuente más abundante y pura en que se pueda beber la inspiración? ¿Cuál será el medio más poderoso para desenvolver las facultades estéticas que se ocultan en el fondo de nuestra alma y que perecerían talvez por falta de cultivo? Lo sabeis, compatriotas del Guayas, y por eso habeis erigido una estatua á vues-

tro Cisne. El medio más fructuoso es el estudio de los clásicos, el de los grandes maestros, el de los genios superiores que se elevan á las regiones etéreas para que la humanidad pueda contemplarlos de hito en hito, admirar sus perfecciones, inspirarse en ellas y aprender.

Este es el nobilísimo y patriótico objeto que os propusisteis al elevar en una de vuestras plazas la estatua de Olmedo, del poeta americano más distinguido por lo clarísimo de sus obras; por el tono homérico de sus principales composiciones; por el lirismo pindárico de sus cantos; por la dulzura que adquirió en el estudio constante del poeta de Mantua; por el estilo horaciano de sus odas; por los profundos conocimientos filosóficos que revelan toda la ciencia humana de una generación que aprendió de la Divina Comedia y del meditabundo Pope; por esos caracteres gráficos que rivalizan con los de Milton; por esa suavidad encantadora que emplea al describir los amenos y engalanados campos de su patria y que contrasta con la dureza propia de la guerra á muerte sostenida largos años para conquistar la independenciam; por la audacia poética que llega hasta apostrar al Omnipotente, como lo hacía Job en el sublime de su dolor, sacudiendo los nervios de los tímidos que no comprenden el genio: “Me visitas por la mañana decía el Príncipe idumeo, y derrepente me pierdes ¿Por qué no quitas mi pecado, y por qué no retiras mi iniquidad? Si azota mate de una vez, y no se ría de las penas de los inocentes ¿Por ventura te parece bien oprimirme á mí, obra de tus manos? ¿Contra una hoja seca, que es arrebatada del viento, haces alarde de tu poderío?

Olmedo, no menos grande decía también con sublime audacia poética:

¿Y eres tú Dios? á quién podré quejarme?
Inebriado en tu gloria y poderío,
¡Ver el dolor que me devora impío
Y una mirada de piedad negarme!

Manda alzar otra vez por consolarme
La grave loza del sepulcro frío,
Y restituye, ó Dios, al seno mío
La hermana que has querido arrebatarme.

Yo no te la pedí. Que es por ventura
Crear para destruir placer divino,
Ó es de tanta virtud indigno el suelo?

Ó ya del coro absorto en tu luz pura
Te es menos grato el incesante trino?
Dime, faltaba este angel á tu cielo?

Si la poesía no es una mera pompa de jabón; sino el empleo de lo bello y sublime para decorar las ciencias y las artes, las costumbres y los caracteres, los héroes y sus triunfos haciéndolos pasar embellecidos á las generaciones futuras, no debemos dar el nombre de poetas sino á aquellas inteligencias elevadas que saben fotografiar la naturaleza con sólo un rasgo de pluma; que abarcan en un pequeño poema un siglo entero con las creencias, conocimientos, cultura, civilización y aún preocupaciones que le caracterizan.

Si Homero es el primer poeta, lo es porque en un corto episodio de la guerra de Troya cantado por él. nos dejó la historia de los dos pueblos más grandes y cultos de aquella época semi fabulosa.

Si Virgilio le disputó la palma de la poesía épica fué porque á la dulzura é inimitables bellezas de su poema unió el cuadro del origen del pueblo Rey.

Pero vuelvo á la primera idea, porque mi objeto es manifestar que Olmedo llegó á ser gran poeta, porque estudió atenta y constantemente los clásicos muy especialmente la Biblia; ese libro cuya magestad asombra, cuya sencillez encanta y en el cual lo bello y lo sublime parece lo propio y natural; porque están en la idea antes que en la frase y mana y corre por cauce propio y anchuroso; por esto Schiller le decía á Goethe: “El cristianismo en su forma más pura no es otra cosa que la belleza moral, la encarnación de lo santo y lo sagrado en la naturaleza humana, esto es, la única religión verdaderamente estética” y Jones, el más distinguido orientalista inglés decía: “La Biblia contiene más elocuencia, más verdades históricas, más moral, más riquezas poéticas, en una palabra más bellezas de todo género, que las que podrían reunirse tomándolas de todos los demás libros que se han compuesto en todos los siglos y en todos los idiomas”.

Hemos visto ya á Olmedo igual talvez á Job en lo sublime del dolor y en la audacia de la expresión, veámosle después igual, sino superior, en la belleza de la descripción.

JOB.

¿Por ventura darás fortaleza al caballo?; la magestad de sus narices causa terror. Escarba la tierra con su pezuña, encabritase con brío; corre al encuentro á los armados. Desprecia el miedo, y no cede á la espada. Sobre él sonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo. Con hervor y relincho muerde la tierra, y no aprecia el sonido de la trompeta. Huele de lejos la batalla, la algazara del ejército y la exhortación de los capitanes”.

OLMEDO.

“Y el caballo impaciente
De freno y de reposo,
Se indigna, escarba el suelo
polvoroso;
Impávido, insolente
Demanda la señal; bufá,
amenaza,
Tiemblan sus miembros: su ojo
reverbera;
Enarca la cerviz, la alza
arrogante.
De prominente oreja coronada.
La crin luciente de su cuello
enhiesto
Ufano da en fantástica carrera
Mil y mil pasos sin salir del
puesto”.

Pero para persuadirnos más y más de que Olmedo estudió constante y fructuosamente la Biblia, hagamos algunas otras comparaciones de las que el Poeta del Guayas jamás saldrá desairado.

PROFECÍA DE JACOB.

“Judá. — Cachorro de león acostumbrado á despedazar la presa”.

OLMEDO.

Necoche.—“Tigre furiosa
De rabiosos mastines acosada
Auyenta sus contrarios: y
aunque herida
Sale con la victoria y con la
vida.

LIBRO IV DE LOS REYES.

Para manifestar la grandeza de las conquistas de Alejandro el historiador sagrado dice: “Y la tierra enmudeció á su presencia”. Rasgo sublime que deja al lector conmovido por la precisión y grandeza del pensamiento y de la frase.

OLMEDO.

“El hondo valle y en riscada
cumbre,
Proclaman á Bolívar en la tierra
Arbitro de la paz y de la guerra”.

Expresión bíblica que se asemeja á la inspiración más que al raciocinio: este deslía los pensamientos, aquella los lanza como el foco de luz eléctrica que aunque bello casi no puede soportarlo el ojo humano.

SALMO XXIII.

“Alzad ó Príncipes vuestras puertas y entrará el Rey de la gloria El Señor poderoso en la batalla”.

OLMEDO.

“Abre tus puertas opulenta Lima,
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador que rodeado
De pueblos numerosos, y
aclamado
Angel de la esperanza,
Y genio de la paz y de la
gloria,
En inefable magestad se
avanza”.

Aquí el poeta ecuatoriano ha tomado la idea del Salmista y la ha extendido sin que pierda nada de la belleza primitiva: De la pequenísima gota de miel sacada de la corola de una flor forman las abejas el panal.

SALMO XXVIII.

“La voz del Señor despeda-za los cedros, sacude el desierto, atraviesa el trueno”.

OLMEDO.

Al hablar de Bolívar dice Olmedo:
“Su voz un trueno, su mirada un rayo”.

Olmedo redujo á más breve expresión el pensamiento del Poeta Rey.

PROVERBIOS.

“Cuando afirmaba la región etérea equilibrando las fuentes de las aguas”.

OLMEDO.

Los Andes las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro.
La tierra con su peso equilibrando”.

Pero en la canción indiana es donde el poeta ecuatoriano se manifiesta más empapado en la poesía bíblica, en esa poesía divina tan elevada, mística y dulcísima, porque la sigue de cerca, la paladea y la expresa casi con las mismas palabras que el Pacífico. ¡Qué suavidad de afectos, qué dulzura de sentimientos, qué amor tan sencillo, tan casto y plácido sin dejar de ser intenso, poético é inimitable! Es la pasión en su origen, la pasión de los

hombres primitivos cuyo corazón acababa de salir de las manos puras del Creador y que el mundo, el tráfico social y las borrascas de la pasión no la han maleado todavía. La misma naturaleza pura que le ha dado los sentimientos tiernos, suaves y dulces es la que le ha dictado los epítetos modestos y las comparaciones naturales, apropiadas, nítidas y bellísimas; es la que ha puesto delante de sus ojos aquellas imágenes, clarísimas, encantadoras y gráficas.

El Cantar de los Cantares, ese epitalamio sublime, esa égloga perfectísima, obra inspirada por Dios al más sabio de los hombres es el modelo que el Poeta del Guayas con gusto exquisito, con un corazón perfectamente apropiado para el objeto y un talento sano y elevadísimo, se propuso imitar en su canto á Mila, hermana menor pero igualmente tierna y bella que la Sunamite. Sólo Fray Luis de León y San Juan de la Cruz han logrado imitar la poesía bíblica tan bien como el poeta ecuatoriano; porque sólo en ellos el corazón y el sentimiento puros y la mente limpia y serena los acercaba á Dios, á esa única fuente pura y abundosa de lo bello y lo sublime.

Lor Byron y su escuela con las borrascas del corazón, las pasiones violentas y desencadenadas, la desesperación, el agotamiento y los desengaños profundos forman el reverso del género de poesía que en este momento nos ocupa. ¡Qué diferencia entre dos jóvenes y sencillos amantes que no conocen las iniquidades del mundo y la poesía mundanal que se arrastra por el cieno y que cual vacante furiosa y desatentada aparece tinta en sangre, hiel y fango! No así la Biblia, no así Olmedo; ellos nos revelan la pasión pura, la pasión casta, la pasión primitiva salida recién de las manos de Dios, nítida, bella, amable, encantadora y pacífica sin dejar de tener contrastes, temores y hasta sufrimientos.

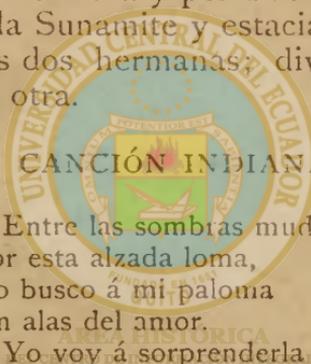
Salomón, el Pacífico, le dice á la Sunamite, á su amada: “¡Qué hermosa eres tú amiga mía!. ¡Ó qué hermosa eres tú!; tus ojos son de paloma, tu cuello de marfil, tu cabellera destila mirra. Paloma mía, en los huecos de la peña, en la concavidad de la albarrada múestrame tu rostro. Tu hablar es dulce; tus labios venda de grana, tus mejillas tajos de granada, tus dientes manada de corderillos que alegres y retozones se dirigen al bebedero, tus pechos como dos cervatillos mellizos de corza que se

apacienta entre los lirios: heriste mi corazón con tus ojos y con una de las trenzas de la cabellera que rodeaba tu cuello.

Mi amado metió la mano por el póstigo de la puerta, quiso entrar y mis entrañas se estremecieron. Abrí la puerta más él había pasado adelante. Mi alma se derri- tió luego que habló: lo busqué y no lo hallé: lo llamé y ya no respondió. Mi amado descendió á su Jardín á la casa de los aromas, á cojer lirios.

Una sola es mi paloma, la perfecta; debajo de un manzano la desperté"

Permítaseme que repita literalmente la canción de Olmedo porque no me atrevo á comentarla. Todo en ella es bellissimo, suave y delicado, omitir una estrofa, un verso, una palabra sería perder una belleza, una dulzura, una flor delicada hermosa y perfumada. Vosotros compa- rad á Mila con la Sunamite y estaciaos con la belleza y encantos de estas dos hermanas; divina la una, humana pero bellissima la otra.



CANCIÓN INDIANA.

Entre las sombras mudas,
Por esta alzada loma,
Yo busco á mi paloma
En alas del amor.
Yo voy á sorprenderla.
Allá en su mismo nido,
Solitario y querido,
Antes que nazca el sol.

La dí un hilo de cuentas,
Que siempre al cuello lleve;
Tres, blancas cual la nieve,
Indican su candor:
Tres verdes mi esperanza
De gozar sus favores:
Tres negras, mis temores;
Y tres rojas mi amor.
Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

Cual conchita de nacar
De perlas guarnecida,
Su boca reducida
Exhala grato olor.

Sus ojos, de paloma
Que arrulla lastimera
Su larga cabellera,
Es un campo de arroz.
Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

Sus mágicas palabras
Son bálsamo suave,
Que las heridas sabe
Curar del corazón.

Sus pechos son cabritos
En un día nacidos;
De una madre paridos
Y de un mismo color.
Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

Cubra su dulce aliento
De sombra voluptuosa,
Esta hacha luminosa,
Que mi amor encendió.
Yo alegraré su seno,
Cual alegra el rocío
En el ardiente estio
Las yerbas y la flor.
Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

¡O Mila! que yo vea
Pendiente de tu seno,
Y de mil gracias lleno
El fruto de mi amor.

No temeré, mirando
Su sonrisa agraciada,
Ni la vejez helada,
La muerte ni el dolor.
Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

La Patria en él poniendo
Su gloria y su esperanza,
Le fiará la venganza
De su ultrajado honor.

Y meciendo su cuna,
Fumaré en paz sabrosa
Mi pipa deleitosa
Cantando esta canción:

“Entre las sombras mudas
Por esa alzada loma
Yo busqué á mi paloma
Antes de ver el sol.
Yo vine á sorprenderla
Aquí en su mismo nido,
Solitario y querido,
Y aquí pagó mi amor”.

Talvez alguno de los lectores me dirá: ¿por qué habeis dejado de hablar de los cantos épicos del Homero ecuatoriano para ocuparos de una cancioncilla que la escribió por juguete? Contestaría que mi objeto ha sido manifestar que Olmedo bebió la inspiración en los clásicos; pero muy especialmente en la Biblia, que allí adquirió la elevación épica, el arrebató lírico, la difícil sencillez bucólica y la verdadera poesía en todos los géneros que ejercitó? Por qué quereis que admire más la Encida de Virgilio en la que á pesar de las bellezas y dulzuras celestiales á veces decae en la idea hasta justificar la infidencia de Eneas con Dido y en la forma hasta comparar á la Reina Amata con una peonza; y no admirar más la Égloga cuarta, plagio sublime de Isaías, en el que el poeta gentil habla sin duda del divino Jesús y se eleva á una altura casi profética?

La Biblia lo dijo Loke y lo ha repetido Víctor Hugo, contiene más poesía que el resto unido de las demás obras escritas. En ella la alegoría y la visión, de las cuales la primera contiene algo de obscuro y misterioso pero mucho de grande y divino, y la segunda que concentra en un solo punto lo pasado y lo futuro, sostienen un sublime, positivo y constante que el Tasso no pudo imitar cuando tomó por modelo el canto de Moisés y que Herrera quiso emular en la batalla de Lepanto y que más bien le tradujo.

Concluyo, aplicando al poeta ecuatoriano, que tantas bellezas sacó de los Libros Santos, un rasgo en que estos nos dan la semblanza de Salomón, el autor del Cantar de los Cantares, y que puede muy bien aplicarse á Olmedo:

“Ya de niño era ingenioso,
Y tuvo por suerte una buena alma”.